

CARTA VIGESIMOQUINTA

Me voy de Ambleuse.—Inventario intelectual.—
¿Qué vale la nueva incubación?—Las «ausen-
cias».—Madres e hijas modernas.—Necesidad de
enseñar una ley moral inflexible.—La cultura se-
cundaria.—Las primeras «Cartas a Francisca».—
¡Adiós, Francisca!

Ambleuse, 19 de septiembre.

Esta será mi última carta, fechada en Ambleu-
se, mi querida sobrina: dejo mañana esta encan-
tadora casa y a sus encantadores dueños. Me voy
mañana. Y, según mi constante costumbre (que
te he transmitido porque la creo útil), antes de ale-
jarme de este rincón de Francia en que he vi-
vido durante unas semanas, quiero hacer el inven-
tario del trozo de vida que dejo aquí. ¿Qué uso
he hecho de mi estancia en Berry? ¿Ha sido tiem-
po perdido? ¿Ha sido simplemente una temporada
de absoluto reposo en la que nada se ha perdido
si la vida interior continuó trabajando mientras
descansaba el cuerpo?

A decir verdad, no he escrito ni una línea, apar-
te de tus cartas: el cartapacio que encierra los
proyectos de novelas, cuentos o comedias, ha que-
dado intacto... ¡Mejor! Al menos no habré aña-
dido nada superfluo a las páginas buenas o malas

que tengo ya acumuladas. En el momento de la vida en que me encuentro yo, un escritor no tiene derecho a coger la pluma sin tomar precauciones. Y cuando se han dedicado veinte volúmenes a los contemporáneos, el veintiuno hay que empezarlo con circunspección.

Decía, pues, que en estas tres semanas no he malejado la pluma más que para escribirte, para resumir brevemente las impresiones de mis lecturas. (He releído «Corina», el «Médico del campo» y leído un estudio sobre Bergson) y, en fin, para añadir algunas fichas a mi legajo sobre la educación.

Hace un momento he clasificado las fichas; constituyen la más clara de mis adquisiciones intelectuales en Ambleuse. Intentemos resumir la sustancia.

He encontrado aquí una admirable oportunidad, como dicen los ingleses, para observar a la «nueva incubación». No cuento a Pedro y Simona ni al «embuchado científico», tres sujetos que ya poseo a fondo. Pero Noel Laterrad, Guy Demonville y sus dos hermanas, Sam y May Footner, Cecilia Bernier, Silvia y Jorge, se ofrecieron aquí a mi objetivo, escalonados como por una providencial complacencia entre los doce y los diez y ocho años; entre los comienzos de la edad ingrata y el umbral de la juventud. Maravillosa ocasión para enfocar de antemano esta tercera región de la infancia a la que van acercándose Pedro y Simona. Ya habíamos fijado, querida Francisca, nuestro método de educación, del nacimiento a los ocho años, y de éstos a la edad ingrata; pero no sobre el período que va de los doce a los diez y seis... Pedro y Simona abordarán este tercer período de la infancia en un plazo bastante próximo, para

que haya cambiado el clima intelectual y moral de la actual incubación. Estudiemos, pues, sobre esta incubación la vida que les espera, sus promesas y sus peligros. Y, en consecuencia, gobernaremos y preservaremos a nuestros dos educandos.

Cualidades de la nueva incubación, según mis observaciones sobre el grupo Laterrade, Demonville, Footner, Lespinat, Bernier, Tasqué: energía y entrenamieneto físicos; cierta franqueza; maneras realistas, en el mejor sentido de la palabra, en el de ver la vida tal como es, sin romanticismos, poco pesimismo y renacimiento de un patriotismo nacional, que había casi desaparecido en la generación anterior.

En el sexo femenino: curiosidad intelectual, buena voluntad para aprender, sea lo que sea (¡ay!) sin mucho orden; pero, ¿tienen ellas la culpa? Esta curiosidad de las muchachas tiene en contra una especie de animadversión de los muchachos contra el intelectualismo en general, pero más especialmente contra el intelectualismo de las mujeres.

Defectos de la nueva incubación: ausencia de varias cosas que considero yo esenciales para el tipo ideal de hombre o mujer, para los tipos que quisiera yo hacer de mis dos pupilos, Pedro y Simona, y más tarde de Francisca II. Enumeremos estas «ausencias» o faltas.

* * *

Primero: ausencia de respeto.—La juventud ha marcado siempre cierta independencia con respecto a las personas mayores, pero esta vez es como

si no existiesen las personas mayores. Un adolescente de diez y seis años y una chiquilla de catorce, se creen iguales en valer e importancia a las personas de treinta y cincuenta años más considerables. Y esto es perjudicial, tanto para el adolescente como para la chiquilla; primero, porque es ridículo, y después, porque eso no corresponde a la realidad... Hay que cultivar cuidadosamente en Pedro y Simona «el sentido del respeto», demostrarles lo útil y justo que es. Mientras ponemos al niño en condiciones de obrar por sí mismo, mientras desarrollamos su cultura, no olvidemos hacer que de vez en cuando toque con el dedo los límites de su débil poder. Esto no será para él ni humillación ni desaliento, si tenemos cuidado de decirle: «Hijo mío, el tiempo maestro que nada sustituye hará retroceder poco a poco esos estrechos límites, con la condición de que tú no le desafíes y de que no pretendas pasarte sin él.»

Segundo: ausencia de vergüenza.—Es un resultado de la ausencia de respeto; perdida la autoridad paterna, los padres ya no se recatan en presencia de los hijos. Pero la ausencia de vergüenza tiene también otras causas. Primero, una debilitación general de lo que se llamaba antes «las conveniencias». Antes, las conveniencias reinaban casi por encima de la moral. Una joven, una mujer, una familia, se desacreditaban tanto por un grave desorden como por no observar ciertas reglas de indumentaria, de lenguaje, de modales, reglas admitidas sin discusión por todo el mundo. Desde el día que se empezaron a discutir dichas reglas, muchas de ellas no han resistido; desgraciadamente, ciertas reglas defendibles, fundadas con razón, han sido barridas por el mismo escobazo, y

desde ese ochenta y nueve de las conveniencias, cada cual se considera libre de prescindir de las que no le convienen. Una de las más molestas para los padres, era la de contenerse en presencia de los hijos. Ya está abolida... Y los hijos, claro está, se aprovechan para no contenerse delante de los padres.

Otra causa destructiva de la vergüenza: se ha suprimido entre muchachos y muchachas el tabique aislador. Esto lo encuentro muy bien, ya conoces mi opinión. Pero no hay que decir que esa mezcla de los dos sexos durante la infancia, y sobre todo durante la juventud, requiere por parte de padres y maestros una vigilancia especial; y dada la novedad del sistema y el temperamento nacional de galantería, esa vigilancia es más necesaria en Francia que en parte alguna. Confesemos que los padres se han desentendido buenamente de esto. Por lo tanto, la adolescencia francesa atraviesa un período bastante peligroso en el que tratan inconscientemente de establecer «el estatuto de sus relaciones». Lo establecerán, puedes estar segura, Francisca; lo establecerán por la fuerza de las cosas, por el antagonismo de intereses. Pero, provisionalmente, la mezcla tiene por primer efecto que las muchachas quieren igualarse a los muchachos, por una parte, en destreza física y en ciencia—está bien—, y por otra, en precoz experiencia de la vida y de la libertad, cosa que no carece de peligro. No es que diga yo que creo la nueva incubación menos moral que la anterior; de lo que estoy seguro es de que es menos púdica.

He ahí un problema a estudiar para el educador de este pudor: ¿Qué debe retener la mujer? ¿Qué es lo esencial?

Hay que retener (será nuestra regla en la edu-

cación de Simona) «todo lo que importa realmente al hogar futuro», todo lo que importa a la mujer, a la madre en que ha de convertirse la niña. Y como no se podrá ir contra la corriente de estos tiempos, habrá que sacrificar el resto.

Madres francesas, no tengáis la equivocada esperanza de que vuestras hijas serán ignorantes, como quizás lo habéis sido vosotras. Y he aquí mi consejo absoluto: encargaos vosotras mismas de la revelación. Fenelón ha dicho: «No teniendo curiosidad razonable, es que existe un desarreglo en la mujer...» Es, por tanto, la «curiosidad razonable» la que hay que satisfacer y no demasiado tarde. Las lecciones de puericultura dadas a las jovencitas, las apaciguan, derivando hacia la maternidad sus ansias de saber... Retardar esta enseñanza o abstenerse de darla es una pereza criminal por parte de la madre. La madre ha disfrazado de pudor su cobardía ante un deber penoso, y la enseñanza será dada de todos modos a su hija; pero, ¿por quién? ¿y en qué condiciones?

Informada «por su madre» la joven francesa moderna, la Simona o la Francisca II de diez y seis años, no afectará las ignorancias que abrillantaban el plumaje de la antigua «oca blanca» (así la bauticé yo hace tiempo, con una palabra afortunada). Pero mejor informada, si su alma es pura y recta, tendrá mayor cuidado en defender en ella la madre y la esposa de mañana. En mis observaciones sobre la nueva incubación, he comprobado con placer, entre muchas imprudencias y muchos desastres, que se anuncia y se desarrolla el tipo de la joven para quien el «flirt» no es más que una diversión social, una manera alegre de comprender el eterno conflicto entre muchachos y muchachas; pero que se guardan ce-

losamente contra los ataques de ellos, y que ponen en conservar debidamente el nombre de doncellas el mismo prurito de honor que ellos en conservar su reputación de lealtad y arrojo... Ya sabes, Francisca, cómo quiero que sean Simona y tu hija: que sepan lo que deben saber, que no se las echen de inocentes, que no les repugne agradar a los hombres y ser por ellos cortejadas; pero que rechacen seca y definitivamente a cualquiera que haya faltado, respecto a ellas, a las reglas de la más estricta decencia, y que no toleren ni palabra ni gesto que tienda a disminuir la parte reservada al hombre querido con quien se case y sea el padre de sus hijos.

Resolución. Sabiendo que las hijas no pueden ser ignorantes, las madres las instruirán por sí mismas y a la edad en que esa enseñanza no tiene peligros y se orienta hacia el instinto de maternidad, que precede en la niña al de feminidad. Después de lo cual se esforzarán por inspirarles ese prurito de defensa personal, como se inspira a los muchachos el honor, la valentía y la lealtad.

Una vez hecho esto, no renunciarán tampoco a vigilar las relaciones sociales de sus hijas con los hombres, pero dejándoles, no obstante, una libertad que no tuvieron ellas, que no tuvisteis vosotras, tú, Francisca y tus contemporáneas. Y las muchachas, aun sin la vigilancia exclusiva y fastidiosa de los años atrás, se preservarán muy bien, como se preservan las inglesas y las americanas; tanto más, cuanto que se habrá modificado simultáneamente el comportamiento de los hombres para con ellas... Ya los muchachos de hoy, disciplinados por los deportes, familiarizados con el trato femenino, no se parecen a los de mi genera-

ción, ni siquiera a los de la generación de tu marido, mi linda sobrina... La preocupación galante les obsesiona mucho menos, y se puede prever que esta evolución se acentuará cada vez más.

Pedrito y sus contemporáneos serán, sin duda, menos atormentados por la obsesión galante, los Jorge y los Sam; y menos todavía los que flirtean con Francisca II. Se irán pareciendo (aparte las inevitables diferencias de raza) a los jóvenes anglosajones sus contemporáneos; el trato de las muchachas les atraerá, se acostumbrarán a él; pero llevarán a él la reserva, un poco defensiva, como para habérselas con un adversario informado y armado... «Estoy seguro» de esta evolución. Es uno de los pocos pronósticos que me atrevo a formular. Y no es una de las consecuencias menos curiosas de la igualación de sexos. No se la esperaba, y ahora que se ve se advierte que es fatal.

Sin duda, nuestra juventud francesa perderá esta efervescencia amorosa que a veces hizo surgir poetas y artistas precoces, y que presta un encanto lánguido a los recuerdos infantiles de los hombres de mi época. Pero creo que, en cambio, ganará el matrimonio, ganará la nación y ganará la raza.

Y dirijo resueltamente a Pedrito hacia ese ideal.

Una tercera «ausencia» que he notado en detrimento de la nueva incubación, es la ausencia de ley moral superior, la ausencia de ideal y de vida interior... No es de ella la culpa. Vive en un país donde las tradiciones religiosas, morales e ideales están, si no abolidas, por lo menos esparcidas en jirones, muy relajadas. Resulta, pues, que nuestros adolescentes, semejándose a los anglosajones por las costumbres, el temperamento y la

concepción de la vida, se diferencian, no obstante, de éstos en que los anglosajones tienen una tradición moral, espiritual y nacional extremadamente sólida, todavía, aunque ya se señalen en ese pueblo los síntomas de una crisis.

Ahora bien: tengo la convicción de que el temperamento de un niño, aun siendo el más sano y más sabiamente cultivado del mundo, no basta para garantizar su moralidad absoluta en el porvenir. Llega un momento en que el educador ha terminado su tarea y devuelve al discípulo su libertad. Libre ya, entra el discípulo en la vida del mundo. En ese momento preciso, su carácter es el resultado de los dos componentes: las costumbres innatas (naturaleza) y las costumbres adquiridas (educación). Pero he aquí que va a influir sobre él un nuevo componente: la vida, el contacto con los hombres, las lecciones de experiencia. Según sus experiencias, el discípulo libertado recibirá de la vida como una «segunda educación», y no es hasta cinco o seis años de estar recibiendo esta segunda educación cuando se forma el carácter definitivo, resultante de tres componentes: naturaleza, educación y experiencia.

La experiencia, aunque se diga lo contrario, no siempre es una educadora moralista. A veces, da consejos de egoísmo, doblez y hasta de ferocidad. Da también con frecuencia excepticismo, indiferencia sonriente... Para que sepa escoger entre las lecciones de experiencia, es necesario que el discípulo, lanzado a la vida, lleve en sí una inflexible regla moral, un ideal de acción, una imperativa fe en el bien; podrá fracasar, pero al menos, sabrá que ha fracasado; al menos, sabrá juzgarse.

Para crear esta regla de moral inflexible en Simona, Pedrito y Francisca II, no escatimamos nues-

tros esfuerzos. Les enseñamos las creencias de sus padres. Pero no nos consideramos en paz con ellos cuando ponen torpeza en los preceptos. Queremos que la enseñanza moral sea distinta a la enseñanza de la geografía o el cálculo, que no sean páginas que se aprenden de memoria y con las que no se tiene nada que ver. Queremos que amen esta rígida regla moral que ha de ser su principio activo, defendiendo y desarrollando nuestra enseñanza en el transcurso de la vida, a pesar de las tentaciones, del egoísmo y del excepticismo.

* * *

He encontrado también en mis fichas la indicación de un último descrédito de la nueva incubación: «la ausencia de cultura». He redactado esta nota después de la sesión de la biblioteca. Es demasiado severa, o más bien, injusta. Yo debía haber puesto: poca cultura en los muchachos, superioridad indiscutible de las muchachas, irritación de ellos, al comprobarlo; esperanza de que esta irritación provocará la emulación y que equipará la cultura de los dos sexos... De todos modos, la buena voluntad de la nueva incubación no será suficiente: es preciso que los educadores sacudan la pereza y pongan de su parte. No volveré a hablar de esto, sobre lo que he insistido hasta la saciedad en mis cartas y, además, sabemos perfectamente cómo dirigimos la cultura intelectual de Pedro y Simona. Cultura que será idéntica hasta que tengan diez y seis años; porque no nos reconocemos con derecho a impedir que Simona estudie una carrera, si lo desea... Pedro y Simona tienen ocho años, pero los métodos que em-

pleamos con ellos servirán hasta terminar su educación... Cuando llegue ese momento, cuando Francisca II tenga quince años, tú irás a la biblioteca, querida sobrina, buscarás las primeras «Cartas a Francisca», las que te escribía yo cuando eras alumna del Instituto Berquin, y encontraremos un programa de cultura secundaria y de disciplinas para la juventud del espíritu, sobre el que no han variado nuestras ideas.

* * *

¡Las primeras «Cartas a Francisca...»! Su recuerdo surge, naturalmente, al final de éstas, querida Francisca, madre, puesto que estoy ya en el término de la tarea que me impusiste. Guardarás estas cartas de Ambleuse, con las que te escribí los meses anteriores sobre Francisca II, Pedrito y Simona; son el complemento; y, este breve estudio sobre la nueva incubación, te será, tal vez, útil para educar a tus hijos entre la edad llamada «ingrata» y el fin de la infancia.

Así, pues, en este momento escribo las últimas líneas del último volumen de las cartas a Francisca... Y no las escribo sin melancolía. Durante doce años de mi vida, «Francisca, soltera», «Francisca, casada» y «Francisca, madre», me ha pedido mi consejo, y yo se lo he dado en conciencia... Se acabó... Terminar un libro es morir un poco. Terminar el último volumen de una serie hecha en el transcurso de doce años de vida, es casi redactar un testamento.

Vamos, nada de neurastenia. Los doce años se han vivido, es verdad, pero la obra está hecha, y

de todo el vasto mundo me han venido muchos testimonios de que ha consolado y animado a las almas de acción, para que yo no esté humildemente contento de haberla escrito, aun llena de defectos como está. Si empezasen ahora esos doce años, ahora empezaría la obra. ¿Sabía yo si la vida iba a darme tiempo para acabarla?

Adiós, Francisca... Voy a firmar la última carta de las que me pediste... Todas las que te he escrito, se me aparecen de pronto como un sinuoso camino que se extiende tras de mí, en el que veo escalonados los diferentes rostros de Francisca a los diez y seis años... a los veinte... a los veinticinco... La Francisca actual tendrá treinta años en seguida.

Ya no tiene necesidad de consejos.

Adiós, Francisca.

Mayo 1912.

INDICE

	Págs.
Carta primera	5
Carta segunda	23
Carta tercera	37
Carta cuarta	49
Carta quinta	69
Carta sexta	83
Carta séptima	91
Carta octava	105
Carta novena	115
Carta décima	129
Carta décimoprimerá	137
Carta décimosegunda	145
Carta décimotercera	157
Carta décimocuarta	167
Carta décimoquinta	173
Carta décimosexta	179
Carta décimoséptima	187
Carta décimooctava	197
Carta décimonovena	207